

El día de año nuevo.

A partir desde el 20 de Diciembre, esto es, el momento en que todos los almacenes de París empiezan á embellecerse, á iluminarse, á poner cara risueña á los paseantes, los boulevares de la Bastilla á la Magdalena pierden su habitual fisonomía, produciéndose cierta perturbación en la vida parisiense. Se va, se viene, se revolotea, se habla, se charla, pero sin pararse. Cada cual tiene sus ocupaciones, y á nadie le ocurre ocuparse de los negocios de otro. Hasta se muestra indiferencia por la anécdota, por el pequeño escándalo, que más tarde circularán esos indiferentes á toda prisa y con vivísimo pla-

cer. Empujones, codazos, pisotones, atropellos, y de esa suerte se avanza á la rastra. Y es tan apiñada la muchedumbre, que los carruajes renuncian á mantener el trote, viéndose obligados á marchar al paso y en fila seguida. Las tiendas cambian de aspecto y destino: el especiero se vuelve confite-ro, el almacén de modas vende juguetes de niño, la verdulera reemplaza sus legumbres con naranjas. Inútil es querer comprar un libro nuevo, la novela favorita; en las librerías sólo se ven libros de gran tamaño adornados de estampas, con los cortes dorados, alegría de los muchachos. Aquellas aceras laterales en que nos gusta pasearnos lentamente, el cigarro en los labios, se hallan ahora obstruídas con cajones-tiendas, donde se ostenta la industria del «artículo de París,» á todos precios, para todos gustos. Las mujeres, los chicos, los padres, invaden en montón esos bazares al viento, estorban la circulación y mezclan sus gritos con los gritos de los mercachifles.

«¡Vean! ¡vean! señoras y caballeros. La
» vista no cuesta nada. Yo no vendo mi mer-
» cancia, las doy regaladas.—¡Tres sueldos!

» ¡tres sueldos! ¡todo el atalaje! ¡escojan
» á discreción!—Veinticinco sueldos el co-
» nejo que baila, es la novedad, el juguete
» del día.—¡Diez céntimos: la cuestión del
» divorcio, con el retrato de Naquet; la cues-
» tión de las mascotas, la cuestión del expe-
» diente de Bokós! ¡Tomen! ¡tomen! ¡no se
» vuelvan á casa con las manos vacías! ¡se-
» ría una pendencia con las mujeres! ¡mal
» fin de año casero!»

París no es ya una ciudad, se ha conver-
tido en una inmensa feria en el campo.

Todos compran, todos dan, pero todos
también se quejan. No se oye en las casas,
lo mismo que en las calles, sino una sola
exclamación: ¡Qué fastidio los tales agui-
naldos! ¡qué tormento los tales regalos de
año nuevo!

¡Ea! ¡ea!, señores, no hay que lamen-
tarse tanto, que su generosidad es mayor
que las supuestas apariencias. No hay que
suprimir la última fiesta hermosa que nos
queda; la de las mujeres y los niños. La
Pascua florida, Pentecostés, el día de Re-
yes, hasta la Natividad, van olvidándose
en Francia; ¡gracia, pues, en favor del pri-

mer día de año! Si deja vacíos algunos bolsillos que no estaban muy llenos, en cambio llena otros que no contenían nada. Esto ocasiona algún fastidio, convengo en ello, pero ofrece por otra parte muchas compensaciones; por ejemplo, la coyuntura que se presenta á las personas que después de haberse amado y querellado, vuelven á verse, á perdonarse, y amarse quizá otra vez aún.

En efecto, durante el corriente año suscitóse una querrela entre dos amigos. Por poco no se enviaron sus respectivos testigos: mas concluyeron por separarse y no volverse á saludar. Llegó fin de Diciembre. Una noche, al lado del fuego, sentado á la mesa de escritorio, los ojos fijos en el calendario pasado, se piensa en los días trascurridos, los disgustos, los placeres, las penas y alegrías que con ellos han ocurrido. Se piensa en lo que se ha hecho, y sobre todo, en lo que debería haberse hecho; se forma el balance entre el corazón y los recuerdos. Y entonces, va desfilando foco á poco la comitiva de los amores añejos, de las amistades apagadas; para algunos hay memoria, para otros hay sonrisa.

« El año pasado, en época semejante, allí estaba él, á mi lado, dice para sí el pensador. Conversábamos juntos; recordábamos unas mismas cosas á la vez. Hacíamos proyectos para este año que termina, sin imaginar en lo más mínimo que en él pudiéramos desunirnos. ¿Qué estará haciendo hoy? ¿qué se habrá hecho de él? De seguro se está en su casa como yo en la mía... Esta soledad debe pesarle en época semejante; no sé por qué, pero ahora es cuando se siente más que nunca la necesidad, la alegría de acercarse unos á otros, de estrecharse, de unirse... ¡Ah! ¡Por mi fe, tanto peor! La sinrazón está de su parte; pero soy débil para guardarle rencor. Que piense lo que quiera... voy á su casa.

Y el hombre parte, llega, llama, entra.

— Buenos días.

— ¡Calle! ¿es usted?

— Sí; he venido por casualidad á esta casa á dejar una tarjeta, y me ha ocurrido, al pasar por delante de la puerta, llamar y pedirle un papel que en otra ocasión olvidó usted devolverme.

— ¡Ah! ¿Y por eso sólo?

— Sin duda... ¿Qué otro motivo?

— ¡Vamos! No mientas, imbécil; has venido á estrecharme la mano, y ha sido buena inspiración, porque iba yo á tu casa.

Él hi un mozo á quien no le queda más que una parienta, la hermana de su padre, vieja soltera, algo regañona, que, sin átomo de respeto por los grandes aires de caballero del sobrino, le pareció oportuno tres meses antes echarle un sermón de moral agridulce. Él se enfadó, y no volvió á poner los pies en casa de su tía. En medio del torbellino de los placeres, apenas si se acuerda de ella. Pero llega el día de Año nuevo, y de uno á otro extremo de París, el mozalbete ha ido presentando sus cumplidos y felicitaciones.

Á las seis de la tarde, su tarea tiene fin. Ha llenado sus deberes mundanos y recogido las sonrisas y cariños que podía pretender. Hora es ya de comer, ¡eh! Sí, ¿pero con quién? Ve venir hacia él un amigo.

— ¡Hola! ¿Comerás conmigo?

— ¡Contigo! ¿Hoy? ¿Estás soñando? Cómo en casa de mi madre.

— ¡Ah! Distingo á la bella Palmera, que se acerca. Esta no me rehusará una buena comida. Buenos días, querida; ya que estamos á la puerta del café inglés, ¿quieres que entremos?

— ¡Qué chanzas tienes! ¿Y mi familia?

— ¡Cómo! ¿Tú tienes familia? ¿Y desde cuándo?

— Desde esta mañana hasta esta noche.

Rechazado entonces en toda la línea, decidido á no comer solo, piensa en su anciana tía, en la mesa á que tenía costumbre de sentarse todos los años en época semejante.

— Si no voy á verla en un día como este, ya no es una desazón, es una ruptura, ruptura definitiva. ¿Y tengo yo derecho de romper con la única parienta que me queda?

— Corre, entra y atraviesa por el comedor. ¡Pobre mujer! Estaba esperando al ingrato, pues había hecho poner su cubierto, y no se había atrevido, á pesar de la hora avanzada, á sentarse sola á la mesa.

Dos enamorados han reñido á principios de Octubre último. Mucho ha sufrido él, pues la amaba sinceramente, y aun la ama

todavía. No se ha atrevido, sin embargo, á volver á casa de ella, temeroso de ser mal recibido.

Pero en el día de hoy todo se enternece y adquiere bondad. Hay en el aire como un perfume de ternura. Quizá ella se sienta inclinada á olvidar lo que les ha desunido, para recordar las dichas que antes habían presidido á sus amores.

Toma la pluma y le escribe:

«Amiga mía, hay momentos en que el perdón es más dulce que de costumbre; es imposible guardar rencor á las personas que nos han amado durante el año. Confío á estas flores que en un tiempo le eran agradables, cuiden de despertar en usted un recuerdo á mi favor. Si su perfume impresiona todavía su corazón, entresaque de ellas un ramito de violetas, y envíemele bajo el sobre de una carta. Con esto, correré en seguida para ir á decirle cuánto la amo todavía.»

Y al despertar el día 1.º de Enero, recibe él el ramito de violetas.

.....
 Sí, en verdad, es preciso no maldecir de

Diciembre y del comienzo de Enero. Con el año que muere deben morir las rencillas, los enfados, los despechos amorosos, las desazones entre amigos y parientes. Con el año que nace, nace también la esperanza y su compañera la ilusión.